

« — Una vez, dieron un garrotazo.  
 » Y fué Polichinela quien se lo dió al gato.  
 » Esto no le hizo bien, porque le hizo mal.  
 » Entónces una señora agarró á Polichinela y le metió en la cárcel. »

Allí fué donde una niña abandonada por sus padres al nacer, que habia sido recogida y la educaban en el convento por caridad, dijo esta palabra tierna y dolorosa. Como oyese á las otras hablar de sus madres, parlotó ella en su rincon :

— *Quando yo nací, no estaba allí mi madre!*

Habia en el convento una tornera colosal, á quien veian siempre andar de prisapor los corredores, con su manojo de llaves, y cuyo nombre era sor Agata. Las *grandes* más *grandes*, — de más de diez años, — la llamaban *Agatócles*.

El refectorio, grande pieza cuadrilonga que sólo recibia luz por un claustro con archivoltas que daban al piso del jardín, era oscuro y húmedo, y estaba, como decian las niñas, — lleno de bichos. Todos los lugares circunvecinos le suministraban su contingente de insectos. Cada uno de los cuatro rincones habia recibido, en el lenguaje festivo de las colegialas, un nombre particular y expresivo. Habia el rincon de las Arañas, el rincon de las Orugas, el rincon de las Cucarachas y el rincon de los Grillos. El rincon de los Grillos estaba junto á la cocina y era muy estimado; porque allí hacia mémos frio. Del refectorio, pasaron los nombres á las pensionistas, sirviendo para distinguir entre ellas, como en el antiguo colegio Mazarino, cuatro naciones. Toda discípula pertenecia, pues, á alguna de esas cuatro naciones, segun el rincon del refectorio en el cual solia sentarse en las horas de las comidas. Haciendo un día el señor arzobispo su visita pastoral, vió entrar en la clase por donde pasaba una linda niña muy encarnada, con una admirable cabellera

rubia, y preguntó á otra colegiala, hermosa morena de frescas y rosadas mejillas, que iba junto á él :

— ¿Qué niña es esa?

— Es una araña, monseñor.

— ¡Vaya! ¿y esa otra?

— Es un grillo.

— ¿Y aquella?

— Una oruga.

— ¿De véras, y usted, qué es?

— Yo, monseñor, soy una cucaracha.

Cada casa de este género tiene sus particularidades. Á principios de este siglo, Ecoen era uno de esos sitios graciosos y severos donde crece, en una sombra casi augusta, la infancia de las niñas. Para tomar puesto en la procesion del Santísimo Sacramento, distinguíanse en Ecoen las vírgenes y las floristas. Tambien habia « las palios » y las incensarios », así llamadas porque las unas llevaban los cordones del palio, miéntras que las otras iban incensando al Santísimo Sacramento. Las flores tocaban de derecho á las floristas. Cuatro « vírgenes » marchaban delante abriendo la carrera. Al amanecer de aquel gran día, no era raro oír preguntar en el dormitorio :

— ¿Quiénes son vírgenes?

La señora Campan citaba el dicho de una « pequeña » de siete años á una « grande » de diez y seis, que marchaba á la cabeza de la procesion, miéntras que ella, la « pequeña, » quedaba á la cola: ¡Tú eres virgen; pero yo no lo soy!

En las oraciones

3 1/2 de la

Tarde - 10 de Sep.  
1918

DISTRACCIONES

Encima de la puerta del refectorio se hallaba escrita en gruesos caracteres negros esta oracion, que llamaban *el Padre nuestro blanco*, y que tenia la virtud de llevar á las gentes via recta al paraíso:

« Pequeño padre nuestro blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el paraíso. Por la noche, al ir á acostarme, *hallí* tres ángeles acostados en mi lecho, uno á los pies, dos á la cabecera, y la buena Virgen María en medio, quien me dijo que me *acostise*, que nada *dudise*. Dios bueno es mi padre, la buena Virgen es mi madre, los tres apóstoles son mis hermanos, las tres vírgenes son mis hermanas. Mi cuerpo está envuelto en la camisa en que Dios nació; la cruz Santa Margarita en mi pecho está escrita; la señora Virgen va por los campos, á Dios llorando, *encontró* al señor san Juan. ¿Señor san Juan, de dónde verís? Vengo

del *Ave Salus*. ¿No habéis visto si Dios está allí? Está en el árbol de la Cruz, con los piés colgando, las manos clavadas, y un sombrerito de espino blanco en la cabeza. El que la diga tres veces por la noche, tres veces por la mañana, ganará al fin el paraíso. »

En 1827, habia ya desaparecido de la pared esta oracion característica bajo una triple capa de jalbegue. En estos momentos mismos se está acabando de borrar en la memoria de algunas jovencitas de entónces, ya hoy anianas.

Un gran crucifijo colgado á la pared completaba la decoracion de este refectorio cuya única puerta, segun creemos haber dicho ya, daba al jardín. Dos mesas estrechas, flanqueadas cada una por dos bancos de madera, formaban dos líneas paralelas del uno al otro extremo del refectorio. Las paredes eran blancas, las mesas negras; estos dos colores de luto son la única variedad que existe en los conventos. Las comidas eran miserables, y aun el alimento de las niñas era bastante severo. Un solo plato, carne y legumbres mezcladas, ó pescado salado; tal era el lujo. Este breve ordinario, reservado á las colegialas solamente, era sin embargo una excepcion. Las niñas comian y callaban, bajo la vigilancia de la madre semanera, quien, de vez en cuando, si á una mosca se la ocurría volar ó zumbiar contra la regla, abria y cerraba con estrépito un libro de madera. Este silencio estaba sazonado con las vidas de los santos, leídas en alta voz en un púlpito de escasa elevacion, con atril, que estaba situado al pié del crucifijo. La lectora de semana era siempre una colegiala de las grandes. De trecho en trecho habia, sobre la mesa desnuda, unos barreños vidriados donde las discipulas lavaban ellas mismas su vaso y su cubierto, y á veces tambien echaban allí algunos restos ó desperdicios, como carne dura, ó pescado corrompido; por lo cual solian ser cas-

tigadas. Llamaban á aquellos barreños las *ruedas de agua*.

La alumna que rompía el silencio hacía una « cruz de lengua. » ¿ En dónde ? en el suelo. La obligaban á lamer las losas. El polvo, este fin de todas las alegrías, era el encargado de castigar á aquellas pobres hojitas de rosa, acusadas del crimen de gorjeo.

Habia en el convento un libro que nunca se ha impreso sino á *único ejemplar*, y cuya lectura está prohibida. Este libro es la regla de San Benito. Arcano en que ninguna vista profana debe penetrar jamas. *Nemo regulas, seu constitutiones nostras, externis communicabit.*

Cierto dia lograron las colegialas apoderarse á hurtadillas de este libro, y se pusieron á leerle con la mayor avidez; lectura interrumpida con frecuencia por el terror de verse sorprendidas, que las obligaba á menudo á cerrar el libro precipitadamente. De tan grande peligro como en esto corrieron, no sacaron sino placer mediocre. Algunas páginas ininteligibles, acerca de los pecados que cometen los muchachos, fué lo « más interesante » que en el libro hallaron.

Jugaban en una de las calles del jardín, orlada de algunos árboles frutales, bastante mezquinos. Á pesar de la extrema vigilancia y la severidad de los castigos, cuando el viento había sacudido los árboles, lograban á veces coger furtivamente del suelo una manzana verde, un albaricoque medio podrido, ó una pera habitada. Ahora dejaré hablar á una carta que tengo á la vista, carta escrita hace veinticinco años por una antigua pensionista, hoy la señora duquesa de —, una de las primeras elegantes de París. Cito textualmente: « Oculta una su pera ó su » manzana como puede. Cuando se sube á colocar el velo » sobre la cama, miétras que nos llaman para cenar, las » metemos debajo de la almohada, y por la noche nos

» las comemos en la cama, y cuando no se puede otra cosa, se las come una en el lugar excusado. »

Este era uno de los más vivos deleites de las colegialas.

Con ocasion de otra visita pastoral que hi o el señor arzobispo al convento, una de las jovencitas, la señorita Bouchard, que tenía algo de la familia Montmorency, apostó con sus amiguitas á que se atreveria á pedir un dia de asueto, lo cual era una enormidad inusitada en aquella comunidad tan austera. La apuesta fué aceptada, pero sin que ninguna de las que habian apostado con dicha alumna creyera que esta se atreveria á semejante cosa. Llegado el momento crítico, al pasar el arzobispo delante de las colegialas, la señorita Bouchard, con el indescriptible asombro de sus compañeras, salió de las filas, y dijo: Monseñor, un dia de asueto. La señorita Bouchard era alta y fresca, con la más linda carita de rosa que es posible imaginar. M. de Quelen se sonrió y dijo: *¡ Cómo, mi querida niña, un dia de asueto ! Tres dias, si ustedes quieren. Concedo tres dias.* La priora nada podia contra esta decision superior; el arzobispo había hablado, y no había más que decir. Grande escándalo para el convento, grande alegría para las discípulas. Júzguese el efecto.

Aquel claustro áspero y regañon no se hallaba sin embargo tan amurallado, que no penetraran en él la vida de las pasiones que bullen en el exterior, el drama mundano, y aun la novela. Para probarlo, nos limitaremos á consignar aqui brevemente un hecho real é incontestable, que por otra parte no tiene en sí mismo ninguna relacion con la historia que estamos refiriendo; y sólo mencionamos este hecho para completar en la mente del lector la fisonomía del convento.

En esta misma época á la cual nos referimos, había en el convento una persona misteriosa que no era monja, y á quien sin embargo trataban con grande respeto, como

cida en la casa bajo el nombre de *madama Albertina*. Nada se sabía de ella, sino que estaba loca, y que en el mundo pasaba por muerta. Bajo esta lúgubre historia existían, según se susurraba, ciertos arreglos de fortuna necesarios para un gran casamiento.

Aquella mujer, que apenas contaba unos treinta años, morena, bastante hermosa, tenía una mirada vaga y como distraída, con sus grandes ojos negros. ¿Veía acaso? Lo ponían en duda. Mas bien que andar, iba como deslizándose ó arrastrando los piés; y no hablaba nunca; apenas si podían asegurarse de que respiraba. Sus fosas nasales estaban escoriadas y lívidas como después del postrer suspiro de la agonía. Tocar á sus manos, era tocar el hielo. Notábase en ella la gracia extraña de un espectro. Donde entraba, al instante hacía frío. Un día que una monja la vió junto á sí, dijo á otra compañera suya: Pasa por muerta. — Tal vez lo está, contestó la otra monja.

Circulaban mil versiones diferentes acerca de *madama Albertina*, que era la eterna curiosidad de las colegialas. En la capilla había una tribuna á la cual daban el nombre de *el Ojo-de-Buey*. En esta tribuna, que no tenía sino un vano circular, un *ojo-de-buey*, es en donde *madama Albertina* asistía á los oficios. Habitualmente se hallaba allí sola, porque desde aquella tribuna, colocada en el primer piso, se podía ver al predicador ó al celebrante; lo que estaba prohibido á las religiosas. Un día ocupó el púlpito un joven sacerdote de alto rango, el señor duque de Rohan, par de Francia, oficial de los mosqueteros rojos en 1815 cuando era príncipe de Leon, muerto después cardenal y arzobispo de Besançon en 1830. Era aquella la primera vez que el señor de Rohan predicaba en el convento del *Petit-Picpus*. *Madama Albertina* asistía ordinariamente á los sermones y á los oficios con una calma perfecta y en la más completa inmovilidad. Aquel día, desde el momen-

to en que ella vió al señor de Rohan, cuasi se incorporó, y dijo en alta voz, en medio del gran silencio que reinaba en la capilla: ¡*Toma! Augusto!* Toda la comunidad, estupefacta, volvió la cabeza, el predicador levantó los ojos, pero *madama Albertina* había vuelto á caer en su inmovilidad. Un soplo del mundo exterior, un resplandor de vida había pasado un momento sobre aquella criatura extinguida y helada, y después todo se había desvanecido, y la loca se había convertido de nuevo en cadáver.

Sin embargo, aquellas dos palabras dieron pábulo á la conversacion de todas cuantas personas podían hablar en el convento. Cuántas cosas no decía aquel ¡*toma! Augusto!* ¡cuántas revelaciones! El señor de Rohan se llamaba en efecto Augusto. Era pues evidente que *madama Albertina* venía de la más alta sociedad, puesto que conocía al señor de Rohan, que aún ella misma pertenecía á un rango elevado, puesto que hablaba con tanta familiaridad de un señor tan encumbrado, y que tal vez tuviera con él alguna relacion, quizás de parentesco, y en todo caso, muy estrecha, puesto que conocía su « nombre de pila ».

Dos duquesas muy severas, las señoras de Choiseul y de Serent, visitaban á menudo la comunidad, donde podían penetrar sin duda en virtud del privilegio *Magnates mulieres*, y eran el terror de las colegialas. Cuando aquellas viejas pasaban, las pobres muchachas temblaban todas y bajaban los ojos.

Por lo demás, sin que él lo notara, el señor de Rohan era objeto de atención por parte de las pensionistas. En aquella época acababa de ser nombrado gran vicario del arzobispo de Paris, hasta tanto que le llegaba el turno de la mitra; y una de las cosas que acostumbraba hacer con bastante frecuencia, era el ir á cantar los oficios á la capilla de las religiosas del *Petit-Picpus*. Ninguna de las jóvenes reclusas podía verle á causa de la cortina de sarga,

pero tenía una voz aguda y suave, que ellas habían llegado á reconocer y á distinguir. Había sido mosquetero; y además decíase de él que era muy galante, con un hermoso pelo castaño muy bien arreglado, á la romana, un ancho y magnífico cinturón de moaré, y su sotana negra del corte más elegante del mundo. Todas aquellas imaginaciones de diez y seis años se ocupaban mucho del magnífico vicario-duque.

Ningún rumor de fuera penetraba nunca en el convento. Sin embargo, hubo un año en que el sonido de una flauta logró llegar hasta el interior de aquellas habitaciones mudas y austeras. Fué esto, en verdad, un acontecimiento, y las pensionistas de aquel tiempo le tienen aún muy presente.

Era una flauta que álguien tocaba en la vecindad. Siempre hacía oír aquella flauta la misma tocata: una canción muy lejos hoy ya de nosotros: *Mi Zetubé, ven á reinar en mi alma*, y el flautista solía repetirla dos ó tres veces al día. Horas enteras pasaban las jóvenes escuchando; las madres vocales estaban trastoradas, los cerebros trabajaban y llovían los castigos. Tal situación duró algunos meses. Todas las colegialas estaban, más ó ménos enamoradas del músico desconocido. Cada una soñaba para sí el papel de Zetubé. El sonido de la flauta venía del lado de la calle Droit-Mur; habrían ellas dado todo cuanto poseían, todo lo habrían comprometido, todo lo habrían intentado, por ver, siquiera fuese un segundo, por entrever, por vislumbrar « al jóven » que tan deliciosamente tocaba la flauta, y que, sin saberlo él, tocaba también al mismo tiempo todas aquellas almas. Hubo algunas que se evadieron por una puerta de servicio y subieron al tercer piso sobre la calle Droit-Mur, á fin de probar á verle por entre las mismas ventanas de los vecinos. Imposible. Una de ellas fué hasta á pasar el brazo por en-

cima de la cabeza al traves de la verja, y agitó desde allí su pañuelo blanco. Aún hubo dos más atrevidas, quienes hallaron medio de trepar á lo alto de un tejado, corriendo un gran riesgo, pero con éxito completo, pues al fin lograron ver desde allí « al jóven ». Era un viejo emigrado noble, ciego y arruinado, que, para matar el tiempo, se entretenía en tocar la flauta en su granero



## VI

### EL CONVENTO CHICO

En este recinto del Petit-Picpus habia tres edificios enteramente distintos: el Convento Grande, que habitaban las religiosas, el Colegio, donde residian las discipulas, y por último, lo que llamaban el Convento Chico. Era este un cuerpo de habitacion, con jardin, donde se albergaban en comun toda especie de religiosas viejas de diferentes órdenes, restos de los claustros destruidos por la revolucion; una reunion extraña, de todas las mezcolanzas y de todos los baturrillos, negros, grises y blancos, de todas las comunidades y de todas las variedades posibles; lo que pudiera llamarse, si semejante asociacion de palabras fuera permitida, una especie de convento-arlequin.

Desde la época del imperio se habia permitido, á todas aquellas pobres mujeres dispersas y sin domicilio, que vinieran á abrigarse allí bajo el amparo de las beneditci-

nas-bernardinas. El gobierno las daba una corta pensión; y las religiosas del Petit-Picpus las habian recibido con fraternal benevolencia. Era aquella una mezcla abigarrada y rara. Cada cual seguia su regla. Algunas veces se permitia á las alumnas del colegio, por via de grande recreacion, el hacerlas una visita; resultando de aquí, para la memoria de aquellas jóvenes, el recuerdo que aún guardan muchas de ellas, de la madre santa Basilia, de la madre santa Escolástica, de la madre Jacob y otras.

Una de estas refugiadas se hallaba allí como transportada á su propia casa. Era una religiosa de Santa Áurea, la única que sobrevivía de su Orden. El antiguo convento de las damas de Santa Áurea ocupaba, desde principios del siglo diez y ocho, precisamente esta misma casa del Petit-Picpus, que más adelante perteneció á las beneditinas de Martin Verga. Esta santa mujer, demasiado pobre para vestir el magnífico hábito de su orden, que era una túnica blanca con escapulario encarnado, habia vestido con ella piadosamente á un maniquí que enseñaba con especial complacencia, y que, á su muerte, legó á la casa donde la dieron hospitalidad. En 1824, no quedaba de aquella orden sino una sola religiosa; hoy ya no queda más que una muñeca.

Ademas de aquellas dignas madres, algunas otras señoras ancianas, del siglo, habian obtenido de la priora, como madama Albertina, permiso para vivir retiradas en el Convento Chico. Del número de estas eran madama de Beaufort d'Hautpoul y la señora marquesa Dufresne. Otra habia á quien no conocieron nunca en el convento bajo otro nombre que el de madama Estrepitosa, con el cual la bautizaron las alumnas, á causa del ruido formidable que hacia para sonarse.

Por los años de 1820 ó 1821, madama de Genlis, que redactaba en aquella época una pequeña revista periódica

intitulada *El Intrépido*, pidió permiso para entrar como pensionista en una celda del Petit-Picpus. El señor duque de Orleans la recomendó al efecto. Rumor en la colmena; las madres vocales se pusieron todas á temblar; madama de Genlis habia escrito novelas; pero declaró que ella era la primera en detestarlas, y ya habia llegado á su período de devoción huraña é insociable. Con la ayuda de Dios, y del príncipe también, entró al fin. Pero se marchó, al cabo de unos seis ú ocho meses, dando por razón que el jardín carecia de sombra. Las religiosas se alegraron mucho de verla salir de la casa. Aunque muy anciana, tocaba todavía el arpa, y bastante bien.

Al irse, dejó su marca en la celda. Madama de Genlis era supersticiosa y latinista. Dos palabras que dan de ella una semblanza bastante exacta. Pocos años há, veíanse aún encolados en la parte interior de un armario pequeño que habia en su celda, donde ella guardaba su dinero y sus joyas, estos cinco versos latinos escritos por su mano con tinta encarnada en papel amarillo, y que, en su opinión, tenían la virtud de ahuyentar á los ladrones:

Imparibus meritis pendet tua corpora ramis:  
Dismas et Gesmas, media est divina Potestas;  
Aita petit Dismas, infelix, infima, Gesmas;  
Nos et res nostras conservet summa potestas.  
Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.

Estos versos, en latin del siglo sexto, suscitan la cuestión de saber si los dos ladrones del Calvario se llamaban, como se cree comunmente, Dimas y Gestas, ó Dismas y Gesmas. Esta ortografía habria podido contrariar las pretensiones que tenía, en el siglo anterior, el vizconde de Gestas que se decia descendiente del mal ladrón. Por lo demás, la virtud útil que se atribuye á estos versos constituye artículo de fe en la Orden de las hospitalarias.

La Iglesia de la casa, construida de manera que se separaba,

como un verdadero corte, el Convento Grande del Colegio, era, según se comprende naturalmente, comun al Colegio, al Convento Grande y al Convento Chico. El público era también admitido en la capilla por una especie de entrada de lazareto dispuesta en la calle; pero todo estaba arreglado en términos que ninguna de las moradoras del claustro podia ver un rostro de afuera. Suponed una iglesia cuyo coro hubiera sido cogido por una mano gigantesca, y plegado en términos que forme, no ya como sucede en las iglesias ordinarias, una prolongación detrás del altar mayor, sino una especie de sala ó de caverna oscura á la derecha del celebrante; suponed esta sala cerrada por la cortina de siete piés de la cual hemos hablado ya; reunid en la sombra de esta cortina, en sillones de madera, las religiosas de coro á la izquierda, las colegialas á la derecha, las conversas y las novicias en el fondo, y os habréis formado alguna idea de las religiosas del Petit-Picpus, asistiendo al servicio divino. Esta caverna, que llamaban el coro, comunicaba con el claustro por un pasillo. La iglesia recibía la luz del jardín. Cuando las religiosas asistían á los oficios en que suregla las ordenaba el silencio, sólo podia ser advertido el público de su presencia por el ruido que hacían las tablas de los asientos, al levantarlas ó al bajarlas.

La vice-priora era una vieja religiosa española, casi ciega, la madre Cíneres.

Las más encopetadas entre las *vocales* eran la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrúdis, primera maestra de novicias; la madre Santo Ángel, segunda maestra; la madre Anunciacion, sacristana; la madre San Agustín, enfermera, la única que era mala en todo el convento, y despues, la madre Santa Mechtilde (señorita Gauvin), muy jóven, con una voz admirable; la madre de los Ángeles (señorita Drouet), que habia estado ántes en el convento de las Hijas-de-Dios y en el convento del Tesoro, entre Gisors y Magny; la madre Santa Jo é (señorita de Cogolludo), la madre Santa Adelaida (señorita d'Auverney), la madre Misericordia (señorita de Cifuéntes, que no pudo resistir á las austeridades), la madre Compasion (señorita de la Miltière, recibida á la edad de sesenta años, á pesar de lo prescrito en la regla, pero muy rica); la madre Providencia (señorita de Laudinière); la madre Presentacion (señorita de Sigüenza), que fué priora en 1847; y por último, la madre Santa Celigna (hermana del escultor Ceracchi), que se puso loca, y la madre Santa Chantal (señorita de Suzon), que sufrió la misma suerte.

Tambien estaba allí, y figuraba entre las más hermosas, una linda moza de veintitres años, natural de la isla de Borbon, y descendiente del caballero Roze, que en el mundo se habia llamado la señorita Roze, y en el convento recibió el nombre de la madre Asuncion.

La madre Santa-Mechtilde, encargada del canto y del coro, tenía naturalmente especial gusto en emplear en sus funciones á las alumnas del colegio. Generalmente solia tomar una escala completa, es decir, siete de diez años á diez y seis inclusive, un surtido de voces y de estaturas, y las hacia cantar de pié, alineadas de costado

## VII

## ALGUNAS FIGURAS DE ESTA SOMBRA

Durante el período de seis años comprendido entre 1819 y 1825, fué priora del Petit-Picpus la señorita de Blemeur, cuyo nombre de religion era la madre Inocente. Pertenece á la familia de la Margarita de Blemeur, autora de las *Vidas de los santos de la Orden de San Benito*, y habia sido reelecta. Era una mujer como de sesenta años, gruesa, de escasa talla, y que « cantaba como un jarro cascado, » dice la carta que hemos citado ya, lo que no impedía sin embargo que fuese una excelente señora, la única alegre que habia en toda la comunidad, y por lo mismo, adorada de todas.

Sor Inocente tenía algo de su antepasada Margarita, la Dacier de la Orden. Era literata, erudita, sabia, competente, curiosamente historiadora, embulida de latin, rellena de griego, forrada de hebreo, más bien benedictino que benedictina.



por orden de edades, desde la más pequeña hasta la mayor; ofreciendo á la vista una especie de caramillo formado con niñas, ó una flauta de Pan, viva y compuesta de ángeles.

Las hermanas conversas á quienes más querian las colegialas eran sor Santa Eufrasia, sor Santa Margarita, sor Santa Marta, que estaba mentecata, y sor San Miguel, que las hacía reir porque tenía la nariz muy larga.

Todas estas mujeres eran amables para con todas aquellas niñas. Las religiosas sólo eran severas consigo mismas. En ninguna parte se hacía lumbre, sino en el Colegio, cuyos alimentos, comparados con los del convento, eran exquisitos. Además de esto, se prodigaban á las alumnas mil cuidados. Sólo que cuando una niña pasaba junto á una religiosa y dirigía á esta la palabra, la religiosa no contestaba jamas.

Esta regla del silencio habia dado allí ocasion á una extraña singularidad: que mientras se retiraba la palabra en todo el convento á las criaturas humanas, se concedía el uso de ella á los objetos inanimados, tales como las campanas de la iglesia y el cascabel del jardinero. Un esquilon muy sonoro colocado junto á la tornera y que se oía en toda la casa, indicaba, por medio de diferentes toques, que eran como una especie de télégrafo acústico, todos los actos de la vida material que habia que ejecutar, y llamaba al locutorio, si era necesario, á tal ó á cual moradora de la casa. Cada persona y cada cosa tenía su toque diferente. La priora tenía uno y uno; la vice-priora uno y dos. Seis-cinco anunciaba la clase, de modo que las alumnas no solian decir nunca ir á la clase, sino ir á seis-cinco. Cuatro-cuatro era la llamada de madama de Genlis. Se la oía con bastante frecuencia. *Es el diablo á cuatro* decian las que no brillaban mucho por su caridad para con aquella anciana pensionista. Diez y nueve

campanadas anunciaban un grande acontecimiento, — la apertura de la gran *puerta de clausura*, horrible plancha de hierro erizada de cerrojos, que no giraba sobre sus goznes sino para el arzobispo.

Exceptuando á él, y al jardinero, hemos dicho que ningun hombre entraba nunca en el convento. Las colegialas veian otros dos: el uno era el capellan, el abate Banés, viejo y feo, á quien podian contemplar en el coro, por entre una verja; y el otro era el profesor de dibujo, M. Ansiaux, á quien la carta de la cual hemos tomado ya algunas líneas llama *M. Anciot*, y le califica de *viejo horroroso y jorobado*.

Segun se ve, todos los hombres eran como escogidos. Tal era aquella curiosa mansion.

## VIII

### POST CORDA LAPIDES

Después de haber bosquejado la figura moral, no estará demás que indiquemos en pocas palabras la configuración material de aquella casa. Ya el lector tiene alguna idea de ella.

El convento del Petit-Picpus-Saint-Antoine ocupaba casi enteramente el vasto trapecio que resultaba de las intersecciones de la calle Polonceau, de la calle Droit-Mur, de la calle Picpus, y de la callejuela condenada que en los antiguos planos lleva el nombre de calle Aumarais. Estas cuatro calles circunvalaban aquel trapecio como lo haría un foso. El convento se componía de diferentes cuerpos de edificio y de un jardín. El bastimento principal, tomado en su conjunto, era un agregado de construcciones híbridas que, consideradas á vista de pájaro, figuraban

bastante exactamente una horca colocada en el suelo. El brazo mayor de la horca ocupaba todo el trozo de la calle Droit-Mur, comprendido entre la callecita de Picpus y la calle Polonceau; el brazo menor era una alta, gris y severa fachada con verja que miraba á la pequeña calle de Picpus; la puerta cochera n.º 62 marcaba su extremidad. Hacia el medio de esta fachada, el polvo y la ceniza blanqueaban una puerta vieja, cimbrada, de escasa elevación, donde las arañas tejían tranquilas sus telas, que no se abría sino los domingos, durante una ó dos horas, y en las raras ocasiones en que salía del convento el féretro de una religiosa. Aquella era la entrada pública de la iglesia. El codo de la horca era una sala cuadrada que hacía servicios de repostería, y que las religiosas llamaban *la despensa*. En el brazo mayor estaban las celdas de las madres y de las hermanas, y el noviciado. En el brazo menor las cocinas, el refectorio, con el claustro y la iglesia. Entre la puerta número 62 y la esquina de la callejuela cerrada Aumarais, se hallaba el Colegio, que no se veía desde fuera. El resto del trapecio formaba el jardín que estaba mucho más bajo que el nivel de la calle Polonceau; por lo cual las paredes eran mucho más altas por dentro que en el exterior. El jardín, ligeramente combado, se iba en el centro, en la cima de un terrómontero, un hermoso abeto, puntiagudo y cónico, del cual partían, como los rayos de una estrella, cuatro grandes calles de árboles, y, dispuestas de dos en dos en los empalmes de las grandes, ocho calles pequeñas, de modo que, si el jardín hubiera sido circular, el plano geométrico de estas avenidas se habría asemejado á una cruz colocada sobre una rueda. Las calles de árboles tenían desiguales longitudes, yendo á terminar todas en las paredes del jardín cuya irregularidad era extrema. Dichas calles estaban orilladas de groseros. En el fondo, una calle de grandes álamos iba

desde las ruinas del convento viejo, que estaba en la esquina de la calle Droit-Mur, á la casa del Convento Chico, que se hallaba en la esquina de la callejuela Aumarais. Delante del Convento Chico estaba lo que llamaban el jardín pequeño. Añádase á este conjunto un patio, toda especie de ángulos variados que formaban los cuerpos de edificio interiores, como paredes de cárcel, y por toda perspectiva y por toda vecindad la larga línea negra de tejados que guarnecía el otro lado de la calle Polonceau; y se podrá formar una idea completa de lo que era, cuarenta y cinco años há, la casa de las bernardinas del Petit-Picpus. Esta santa casa habia sido edificada precisamente en el solar de un juego de pelota famoso en los siglos catorce al diez y seis, y al cual llamaban el *Trinquete de los once mil diablos*.

Por lo demas, todas aquellas calles eran de las más antiguas de París. Estos nombres, Droit-Mur y Aumarais, son muy viejos; y las calles que los llevan son mucho más viejas que ellos. La callejuela Aumarais se ha llamado callejuela Maugout; la calle Droit-Mur se llamó la calle de los Églantiers, pues Dios abría la flores ántes que el hombre tallase las piedras.

## IX

## UN SIGLO BAJO UN GRINDIN

Puesto que nos ocupamos en los detalles de lo que en otro tiempo fué el convento del Petit-Picpus y hemos osado abrir una ventana para ver aquel discreto asilo, permítanos aún el lector una pequeña digresion, extraña al fondo de este libro, pero característica y útil, por cuanto hace ella comprender que aún en el claustro nunca faltan figuras originales.

En el Convento Chico habia una centenaria procedente de la abadía de Fontevrault. Ántes de la revolucion habia ella pertenecido á la alta sociedad, ó, á lo ménos, habia vivido entre ella ó en sus cercanías. Solía hablar mucho de M. de Miromesnil, guardasellos en tiempos de Luis XVI, y de una presidenta Duplat á quien ella conocia mucho. Su mayor placer y su más exquisita vanidad consistian en sacar á colacion estos dos nombres á propósito de cualquier cosa.